

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA
MUSEO
1904

ROSA Y AZUL



SUMARIO: Redención, por Estanislao Maestro. — El Tío Vivo, por Juan de Castro. — Información gráfica de Granada, por Manuel de Góngora. — Las ocho maravillas del mundo: EL COLOSO DE RODAS. — Decálogo de la madre, por M. de T. L. — VIAJE CÓMICO AL POLO SUR, realizado por dos estudiantes madrileños y un elefante andaluz. — Pagina cómica: Tribulaciones de un miope. — Colín, por Rafael Leyda. — El pavo de Navidad, por Pedro Morante. — Las ruinas, poesía por Manuel Acuña. — Cuentos del concurso: EL MISTERIO DE LA MUERTE, por Istar. — Carta ilustrada por Blas Pérez. — Correspondencia. Pasatiempos. — Y las divertidas AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO.

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

INTERESANTE.—Lea usted en la tercera plana de la cubierta nuestros regalos del mes de Octubre.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

CONCURSO DE PÁGINAS ARTÍSTICAS

ROSA Y AZUL abre un concurso de planas artísticas, para ser publicadas en el mismo, con sujeción á las siguientes bases:

1.^a Para la ejecución de los originales que se envíen á este concurso sólo se podrán emplear el procedimiento de claro oscuro, de mancha y dibujo á pluma ó al carbón, quedando totalmente excluidas las notas de color.

2.^a La superficie pintada en cada original deberá ser de 26 centímetros de ancho por 36 de alto.

3.^a Los originales se remitirán firmados con un lema, y dentro de un sobre lacrado y

suscrito con el mismo lema se enviarán el nombre y domicilio del autor.

4.^a Las planas que el jurado calificador considere admisibles se insertarán en ROSA Y AZUL con el mismo lema con que hayan sido firmadas, y con el número en que se publique la última se acompañará un boletín para que los lectores, por medio de sufragio, concedan el premio de 50 pesetas á la que consideren mejor.

5.^a El plazo de admisión empieza en 15 de Agosto y termina el 30 de Noviembre, á las nueve de la noche.

Cifuentes, fotógrafo.

San Bernardo, 52
MADRID

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



MARÍA GUADARRAMA MARTÍN (de dos años y medio)

Habitante en Madrid, Galileo, 4, 1.º izquierda.

(20 de las fotografías admitidas.)

REDENCIÓN

Si me preguntáis por qué se había afiliado Fernández al partido anarquista, os diré que por una de esas aberraciones á que la falta de cultura conduce frecuentemente.

Se encontró huérfano de padre y madre cuando acababa de cumplir los trece años, y en vez de hacerse un *golfo* como tantos otros, buscó un oficio en donde ganar lo necesario para vivir; pues en el de tallista que había seguido sólo ganaba una peseta, cantidad insuficiente para quien se veía precisado á sufragar todos sus menesteres.

Y como en los oficios no hay manera de que los maestros den tres al que sólo produce dos, fué á parar con sus huesos á una casa en construcción, donde de buenas á primeras le ofrecieron dos pesetillas como aprendiz de «peón de mano» y auxiliar de «peón suelto».

Es preciso advertir que Fernández, de naturaleza tan sana cual su corazón, á los trece años estaba hecho un muchachote alto y fornido; y como su voluntad era muy grande, pronto se captó las simpatías del maestro, que era un sujeto bonachón y amigo de socorrer una necesidad allí donde la veía.

Los primeros días del nuevo oficio fueron muy duros para el neófito; los ladrillos le producían silbatos (1); como aún no tenía práctica suficiente para llevarlos, los cubos llenos de agua bailoteaban en sus manos, y el contenido se derramaba encima de sus ropas. Así es que cuando

llegaba la hora de abandonar el trabajo, Fernández escapaba rendido y hecho «una sopa».

No importaba. El sábado cogía sus doce pesetas, y este pequeño capital recompensaba todas sus fatigas, puesto que con él atendía á sus necesidades.

El maestro, que no perdía de vista al muchacho, compadecido de sus duelos le colocó al lado de un oficial para que trabajase con más descanso, y pronto se encontró en condiciones de ser un verdadero auxiliar. El rapaz apretaba de firme; y así como otros de su edad se ganaban algunos *reglazos* por distraídos, y estuvieron en más de una ocasión expuestos



(1) Pequeñas heridas producidas en la epidermis por la superficie arenosa del ladrillo.

á medir con sus huesos las losas de la acera, él jamás sufrió la menor amonestación, ni estuvo nunca fuera de su sitio. Parecía como que hubiese nacido para albañil. A los tres años de aprendizaje Fernández era un perfecto ayudante y prometía ser muy pronto un buen oficial.

Un día el maestro le llamó á la casilla del guarda, y le dijo con la voz velada por la emoción:

—Fernández, veo en tí un oficial de porvenir brillante. Aprende dibujo y no tardarás en encontrar un arquitecto que te confíe alguna obra. Desde hoy tienes catorce reales; y si continúas portándote como hasta aquí, á la vuelta de un par de años te daré diez y ocho. Anda con Dios, y no olvides lo que te he dicho.

No besó el chaval al maestro porque estaba delante el guarda; pero le agradeció con toda su alma aquella demostración de cariño. Catorce reales suponían en su presupuesto un «superávit» de siete pesetas mensuales mal contadas, con las cuales podía ir comprando herramientas y ver una piecicilla los sábados.

No echó en saco roto la advertencia del maestro, y en cuanto llegó la época se matriculó en una Escuela de Artes y Oficios.

Puntual como el que más, no tardó en distinguirse entre aquella multitud de hijos del trabajo que acudían á buscar en el estudio lo que otros consideraban hallar en la taberna. Fué, pues, si no un alumno sobresaliente, sí un estudiante aprovechado que logró adquirir los rudimentos necesarios para ser dentro de su oficio lo que el maestro de la obra había previsto.



Hemos narrado hasta ahora cuanto atañe á su educación material; nada dijimos de la moral, porque no habiéndose ocupado nadie en insinuárselo, Fernández dejó correr el

tiempo sin dar al alma lo que no le demandaba.

Tenémole ya con veintidós años, hecho un oficial completo y con diez y ocho reales de jornal. Como sus ingresos han aumentado mucho más que sus gastos, Fernández ha podido reunir una buena arca de herramienta y vestirse de «tiros largos». Además, siempre le queda en el bolsillo una peseta para atender á sus compañeros en caso de apuro.

Esto hace suponer á los que con él trabajan que va camino de convertirse en burgués, y para impedirlo ponen en planta todos los juegos imaginables. Un día, en el andamio, le brindan con una partida de *mus* para cuando dejasen el trabajo.

—No sé jugar—les contesta.

—Te enseñaremos—dice uno.

—El hombre debe estar en condiciones de alternar—objeta otro.

—Todo no ha de ser echar pelladas en la pared—añade un tercero.

—Si lo haces por no gastar, no te importe; iremos de compañeros, y yo pagaré tu parte si nos toca perder—agrega con cierto tonillo zumbón su compañero de cuadrilla.

Se ponían muy pesados y fué preciso darles gusto para que no le tomasen tirria. La partida se prolongó hasta la una de la noche. Salieron de la taberna con las cabezas calientes por el alcohol, sobre todo Fernández, que no estaba acostumbrado á la bebida.

Como aquella noche, por uno de esos hechos inexplicables, Fernández había ganado, hubo de volver á la siguiente para no quedar en mal lugar. Y así, unas noches porque ganaba y otras porque perdía, se fué insensiblemente acostumbrando á la vida de taberna. Ya no le alcanzaban los cuartos que ganaba. Como oía á sus compañeros, empezó á decir que el maestro los explotaba, que comerciaba con su sudor... Le brindaron con

el socialismo, y se hizo socialista. Ya no era el obrero amante del trabajo, porque el jornal no le bastaba para satisfacer sus vicios; y lo que hacía era de mala gana, á disgusto. No iba á ser siempre un negro. Ya se lo dirían al maestro cuando vinieran los suyos. Entonces no

gastaría sortijas de brillantes ni iría á los toros en *manuela*.

Terminada la construcción de una casa en que trabajaba Fernández, llamó el maestro á sus operarios y les dijo:

—Amigos míos, hasta hoy hemos sido compañe-

ros. Yo no sé si están ustedes contentos de mí; lo que sí les digo es que hoy será el último día en que estemos reunidos. En la construcción de esta casa he perdido dos mil duros, lo único que tenía. Mañana, acaso tenga que pedir tajo á otro maestro. Con que hasta que Dios vuelva á ponernos en el mismo camino.

(Ilustraciones de Breñosa.)

(Se concluirá.)

ESTANISLAO MAESTRE.

EL TÍO VIVO

A mi sobrina María.

DE niño me entusiasmaban,
y eran mi anhelo mayor,
sus caballos que trotaban
al redoble del tambor.

Luego estudié Geografía,
y supe con tal motivo
que la tierra se movía
á vueltas como el *Tío Vivo*.

Con lo que á vuelta por año
conté en cuarenta que dí,

cada día un desengaño
y el entusiasmo perdí.

La «ciencia» empezó á cansarme
dando mis dudas resueltas,
y acabó por marearme
con tantas y tantas vueltas...

Y hoy á la rueda aún cautivo
del hombre el destino advierto:
todo es *correr en Tío Vivo*,
hasta *parar en tío muerto*.

JUAN DE CASTRO.

INFORMACIÓN GRÁFICA (Granada)



1. Ermita de San Sebastián.—2. Colegio de los Padres Escolapios, visto desde el puente.—3. Fuente de las Batallas.—4. Torre de la Catedral.—5. Casa de los tiros.—6. Puerta Elvira.—7. Puente y río Genil.—8. El Instituto.—9. Puerta del Vino.—10. Plaza de la Trinidad.

(Fotografías de nuestro redactor artístico en Granada MANUEL DE GÓNGORA AYUSTANTE.)

LAS OCHO MARAVILLAS DEL MUNDO (1)

EL COLOSO DE RODAS

LA isla de Rodas, según la leyenda, era en su origen un inmenso y pestilencial pantano; pero el dios del sol absorbió con sus rayos las estancadas aguas, y bien pronto surgió una vegetación feracísima. De aquí que, maravillados los habitantes, la diesen el nombre de *Rodas*, que significa *rosa*. Había predicho un oráculo que «la hija del dios del sol sería durante mucho tiempo una tierra libre y poseedora de grandes tesoros»; predicción que se vió realizada, pues Rodas vino á ser la primera isla del Archipiélago. Sus habitantes, activos y emprendedores, adquirieron cuantiosas riquezas. Un poeta antiguo, para celebrar la prosperidad de la isla, pinta á Júpiter derramando sobre ella una lluvia de oro.

Esta prosperidad fué causa de la animadversión de los pueblos vecinos; mas Rodas supo mantener contra todos su independencia y su fortuna.

Sitiada por Demetrio Poliorcete, uno de los mejores estrategas de la antigüedad, resistió valerosamente, y los sitiadores tuvieron que alejarse de allí después de seis meses de duro y tenaz asedio.

Concluído el sitio, ambas partes firmaron un convenio, y queriendo dar á Rodas una prueba de la admiración que hacia ella sentía, donóla Demetrio las máquinas de guerra que



(1) Véanse los números 28, 30 y 32.

durante el asedio empleara. Los rodenses vendieron estas máquinas en 300 talentos (millón y medio de pesetas), que destinaron á la erección del célebre Coloso.

Era aquella una época en que todas las ciudades padecían *estatuomanía*, y no había plaza de alguna importancia en donde no hubiese una ó dos.

Pero los rodenses no quisieron entrar en el terreno de la vulgaridad y encargaron al célebre escultor Charés de Linde la erección de un monumento que eclipsara á todos sus rivales.

Charés dió á la estatua la figura de Apolo porque á este dios se atribuía la felicidad y el engrandecimiento de Rodas.

El Coloso fué emplazado sobre dos elevadas torres construídas á la entrada del puerto y distantes una de otra 12 metros; así es que las mayores embarcaciones pasaban por

entre sus piernas con gran facilidad. La colosal figura, construída de metal, servía de guía á los marinos, que á larga distancia divisaban una especie de reflector producido por los rayos solares al caer sobre el bronceo gigante.

Doce años tardó Charés en ver terminada esta grandiosa obra (desde el año 300 antes de Jesucristo hasta el 288), que derribó un temblor de tierra el año 222; pero aun abatido fué mucho tiempo el Coloso la admiración de los viajeros.

Habiendo caído Rodas en poder de los turcos, el califa Osmán vendió la estatua, que fué preciso reducir á pequeños trozos para poder transportarla.

La isla donde se elevó el Coloso se llamó *Ofiusa* á causa de las muchas culebras que en ella había; después *Macara* (rica), y últimamente *Rodas*.

Decálogo de la madre.

I. Criarás á tu hijo con la leche de tus pechos, y á no ser posible vigilarás atentamente su alimentación.

II. No le destetarás hasta que tenga dientes, señal de que puede digerir, y aún así no tomará alimentos fuertes.

III. No usarás otros medicamentos que los que la ciencia te ordene, rechazando toda intrusión de gente ignorante.

IV. Tendras siempre limpio á tu hijito, no abrumándole con ropas ni desnudándole imprudentemente.

V. No le obligarás á dormir en vano, ni le alimentarás á todo momento, evitando el alcohol.

VI. Le darás á diario un baño de aire puro, y á ser posible, de agua fresca.

VII. No permitas que le exciten ni los ruidos, ni las luces; evita besuqueos inoportunos y acostúbrale á una sensata disciplina.

VIII. Le vacunarás sin pretexto alguno.

IX. No obligarás á tu hijo á realizar esfuerzos materiales ni intelectuales que no estén en consonancia con las energías de su organismo.

X. Le enseñarás á soportar con entereza las penalidades de la vida, á creer en Dios y practicar el lema:

Si quieres ser amado, ama.

M. DE T. L.

MISCELANEA

En un casino un socio pidiendo una silla al ordenanza:

—Luque, ¿me quieres dar una silla?

—No hay ninguna disponible, señor.

—Una silla, ó si no...

—¿No lo ha entendido usted? ¡No hay ninguna!

—Pues entonces...

—Entonces, ¿qué?

—Entonces... me quedo sin la silla.

VICENTE MÁS.

VIAJE CÓMICO AL POLO SUR

REALIZADO POR DOS ESTUDIANTES MADRILEÑOS Y UN ELEFANTE ANDALUZ,

QUE ES QUIEN CUENTA LAS TERRORÍFICAS Y ESPELUZNANTES AVENTURAS

(Continuación.)

de no haberlo impedido una pareja de la Guardia civil que se presentó cuando menos lo esperábamos y cuando nos disponíamos á dar fin del fruto de una higuera. ¡Porque jay!... son tan dulces algunos higos!...

Cuando Espiridión vió á los civiles dijo á su compañero Nicéforo:

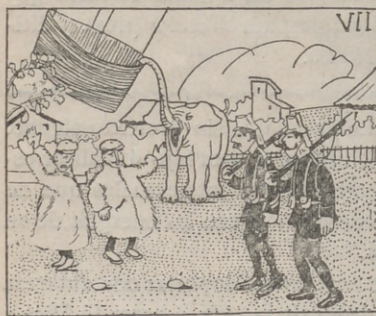
—¡Chico, aquéllos parecen civiles de los nuestros!

—¿Qué documentación? —preguntó Nicéforo sin salir de su apoteosis—. ¿En qué libro consta que sean precisos documentos para venir al Polo?

—¿Qué Polo? —preguntó el otro guardia. ¿Polo de Bernabé?

—No, señor, el Polo Sur.

—¿Pero ustedes están ebrios ó de qué nos hablan?



—Creo lo mismo, si no es que estamos soñando. ¿Y tú, Paquidermo?

—Soy de la misma opinión.

—Decididamente. Los trajes son iguales. ¡Si habrá en el Polo alguna Embajada de España! ¡Sería demasiado embajada y no necesitaría alforjas!

En esto llegaron los guardias y nos pidieron los documentos en el más perfecto castellano.

El asombro de los estudiantes fué grande; yo, como indocumentado, continué impertérrito; el globo flotaba en el espacio con suave balanceo, sujeto por mi trompa.

—Hagan ustedes el favor de la documentación—repitió uno de los guardias.

Aquí se picó Espiridión, y dirigiéndose al guardia:

—Hemos venido desde España á descubrir el Polo, y celebramos haber tenido el gusto de tropezar con unos camaradas tan simpáticos, aunque algo chatos.

—¡Ah! ¿De modo que vosotros pertenecéis al Cuerpo?—dijo un guardia.

—No, señor, somos descubridores de este Polo y venimos á civilizar á sus habitantes.

—Lo que ustedes vienen es á dar con sus huesos en la cárcel si no salen de aquí á paso ligero.

—¿Es decir que aquí no necesitan ustedes que les hagamos el favor de traerles la civi-

(Dibujos de Ramírez.)

(Se continuará.)

Sawridge se despidió del capitán y éste le envió la carta á Juan pidiéndole el favor de que le hiciera compañía durante el almuerzo. La respuesta fué afirmativa, pero verbal, porque Juan había bebido demasiado Champagne para aventurarse á poner la pluma en el papel.

CAPÍTULO VIII

JUAN PRANCO SE ENCUENTRA AL OTRO LADO DEL GOLFO DE VIZCAYA

A la mañana siguiente, el pequeño filósofo hubiera olvidado el compromiso que tenía de almorzar con el capitán, si no hubiese sido por su camarero, quien pensó que después del recibimiento hecho por nuestro héroe al primer teniente, no debía faltar al respeto al comandante de su buque.

Juan, hasta entonces, no se había puesto su uniforme, y pensó que esta sería una ocasión muy oportuna para lucirle.

Ya fuera por los presentimientos de lo que tenía que sufrir ó ya por otra causa, Juanito no gustaba, como gustan muchos jóvenes, de mudar de traje; parecíale que era sacrificar su independencia. Sin embargo, no siguió su primer impulso, que fué quitarse otra vez el uniforme después de puesto, sino que tomó su sombrero y se dirigió á casa del capitán. Este le recibió como si no supiera su dilación de tres semanas sin presentarse en el buque, ni su entrevista con el primer teniente; pero antes de que se concluyera el almuerzo, el mismo Juan lo refirió en pocas palabras.

El capitán Wilson entró entonces en pormenores acerca de los deberes del empleo de cada persona á bordo de un buque, diciendo á Juan que donde era indispensable la disciplina mientras se estaba de

servicio, era necesario que uno solo mandase; que este uno era el capitán que representaba al rey en persona, el cual representaba á su vez al país; y como las órdenes se transmitían del capitán al teniente, del teniente á los guardias marinas y éstos á su vez las comunicaban á toda la tripulación del buque, resultaba que el capitán era el único que daba órdenes, y todos los demás estaban igualmente obligados á obedecer. Añadió que así como el capitán estaba obligado á obedecer las órdenes de sus superiores, el Almirante y los generales del Almirantazgo, á bordo estaban todos obligados á obedecer las órdenes del capitán.

Al decir esto, pronunció siempre con grande énfasis la palabra «igualdad»; estaba administrando cuidadosamente la primera dosis de medicina al joven, y en efecto, en todo su discurso mostró una habilidad que hubiera acreditado á un diplomático.

Porque al mismo tiempo que explicaba á Juan que entraba en un servicio donde la igualdad no existe nunca ni por un sólo momento, ni puede existir si ha de haber servicio, intentó demostrarle que todos los grados estaban á un nivel é igualmente obligados á cumplir sus deberes para con su país, y en realidad, ya obedeciese el marinero sus órdenes, ya las de un oficial superior, siempre cumplía las del país, que se comunicaban por diversos y regulares conductos.

No le pareció mal á Juan el punto de vista desde el cual el capitán le presentó las cosas.

Wilson tuvo cuidado de no insistir mucho tiempo en él, y entró luego en otros pormenores que se figuraba habían de ser más agradables al guardia marina.

Díjole que las Ordenanzas de Marina eran las reglas por las que se guiaba el

servicio, y que todo el mundo, desde el capitán hasta el último grumete, estaban obligados á obedecerlas; que se daba cierta ración de víveres y vino á cada persona á bordo, y que esta ración era la misma para todos; que aunque necesariamente había varios grados en el servicio y las órdenes del capitán debían ser comunicadas y obedecidas por todos, cualquiera que fuera el grado del oficial, todos eran igualmente considerados como caballeros y personas decentes. En suma, el capitán Wilson, diciendo la verdad, y nada que no fuese la verdad, sin decir la toda entera, hizo creer á Juan que al fin había encontrado en el mar aquella igualdad que en vano había buscado en tierra.

Pero en aquel momento recordó el lenguaje que había usado el teniente Sawridge el día antes y preguntó al capitán por qué aquel personaje se había conducido de tal modo.

Como el lenguaje del señor Sawridge estaba muy distante de haber preconizado la igualdad, el capitán se encontró un poco perplejo para responder.

Dijo, sin embargo, que el primer teniente era á la sazón capitán por ser el oficial más antiguo á bordo, como lo hubiera sido el mismo Juan si no hubiese habido otro de mayor antigüedad; que, según las Ordenanzas, todo el que ausente del buque cometía una falta ó una infracción, si el capitán ó el oficial más antiguo no tomaba noticia de ella, cometía otra y estaba sujeto á castigo, á no ser que pudiera probar que no la había advertido.

Por consiguiente, el teniente Sawridge se había visto obligado á tomar nota de la infracción cometida por Juan, y si lo hizo en un lenguaje un poco más fuerte de lo que convenía, no fué sino para probar el celo de que estaba poseído en beneficio de su país.

—Por mi honor—contestó Juan—, que ese celo es indudable, porque si el país todo hubiera estado á punto de perderse, no se hubiera mostrado el teniente Sawridge más enfadado de lo que se mostró ayer.

—Cumplía con su deber; pero no tenga usted duda de que este deber no tiene para él nada de agradable. Le respondo á usted que cuando le vuelvá á ver en el buque le manifestará tanta bondad como si nada hubiera ocurrido.

—Me dijo que pronto me haría conocer lo que es un primer teniente. ¿Qué significa eso?

—Todo celo.

—Sí; pero me dijo también que tan pronto como estuviese á bordo me mostraría la diferencia que hay entre un primer teniente y un guardia marina.

—Celo, amigo mío, celo por el servicio.

—Añadió que dentro de poco se disiparía mi ignorancia en este punto.

—Celo, y nada más que celo.

—Y que enviaría un sargento con una escuadra de marineros á buscarme.

—Celo, siempre celo.

—Y que pondría á prueba mis ideas filosóficas.

—Todo celo, amigo Juanito; y advierto á usted que sin celo por el servicio no haremos nunca nada. Yo espero verle á usted dentro de poco ser también un celoso oficial.

Juan se quedó pensativo y no respondió.

—Estoy seguro—continuó el capitán Wilson—de que el señor Sawridge será con el tiempo uno de los mejores amigos de usted.

—No digo que no—contestó Juan—; pero el primer conocimiento que he tenido con él no me causa grande admiración.

—Quizá con el tiempo tenga usted que cumplir deberes tan penosos para usted como lo ha sido este para Sawridge. Ahora diré á usted que he enviado á buscarle porque mañana nos hacemos á la vela, y como voy á enviar mi equipaje esta tarde con la lancha, será bueno que usted envíe al mismo tiempo el suyo. A las ocho me trasladaré á bordo y podemos ir en el mismo bote.

Juan no hizo objeción alguna, y habiendo pagado su cuenta en la fonda, envió su equipaje al bote con los marineros que fueron por él.

A las nueve de la noche Juan estaba á bordo de la corbeta.

El capitán fué recibido por los oficiales sobre cubierta, y todos se quitaron los sombreros para saludarle. Él devolvió el saludo y lo mismo hizo Juan; después Wilson entró en conversación con el primer teniente, y por algún tiempo el joven fué olvidado de todos quedándose cerca de las bandas.

No estuvo allí mucho tiempo, porque habiéndose izado el bote sobre los pescantes, el contramaestre había gritado: «¡Caza!».

Entonces se oyó un agudo silbido y otro grito de: «¡Afuera con él!»; después, los hombres de la tripulación llegaron corriendo á mover el aparejo. En la oscuridad Juan fué derribado y media docena de marineros cayeron sobre él.

Los hombres de la tripulación ignoraban que entre ellos hubiera un oficial y se rieron mucho del percance; continuaron pisando á los que habían caído, hasta que éstos se pusieron fuera de su alcance.

Juan, que no entendía lo que aquello significaba, lo pasó bastante mal, y hasta que los pitos tocaron á amarrar, no pudo ponerse en pie, después de haber sido pisoteado por la mitad de la guardia de estribor y quedado casi sin aliento.

Al fin se refugió entre dos cañones. Los oficiales habían estado riéndose de lo que pasaba.

El teniente Sawridge se llegó á Juan y le dijo:

—¿Está usted herido? ¿Se ha hecho daño?

—Un poco—, respondió Juan reprimiendo el aliento.

—El recibimiento ha sido poco fino— dijo el primer teniente—; pero en ciertos casos á bordo de un buque cada cual tiene que cuidarse de sí mismo, y Dios cuida de todos. Harpur—continuó dirigiéndose al médico—, lleve usted al señor á la sala de armas. Yo iré allá cuando pueda. ¿Adónde está el señor Jolliffe?

—Aquí estoy—, contestó el aludido saliendo de los botacones.

—Este joven ha venido á bordo con el capitán; mande usted á los cabos de mar que le preparen un equipo.

Juan bajó á la sala de armas donde recobró ánimos con una copa de vino.

No estuvo allí mucho tiempo, ni se atrevió á hablar demasiado, y en cuanto se halló dispuesto su equipo se alegró de poderse acostar porque estaba muy molido. No despertó hasta la mañana siguiente después de las nueve.

A aquella hora se vistió, subió á la cubierta y se encontró con que la corbeta había salido ya del puerto. Empezó á sentirse molesto, después muy mal, luego mareado. Un marinero le condujo otra vez al camarote y le colocó en la hamaca, donde permaneció durante un temporal de ventisca que duró tres días.

Aturdido, confuso, disgustado y dando á cada minuto con la cabeza en las vigas á causa de los cabeceos y vaivenes de la corbeta, comenzó á experimentar las delicias de la navegación.

—Si esto es ser marino—pensaba—, no

es maravilla que nadie lo impida, ni se discutan los derechos individuales; porque estoy seguro que persona alguna querría tomar mi parte de Océano, y si otra vez vuelvo á tierra la tomará el diablo si quiere.

El capitán Wilson y el teniente Sawridge concedieron á Juan más tiempo para curarse del mareo que el que se concede á muchos guardias marinas.

Al cabo de los tres días el viento se había apaciguado y la corbeta estaba cerca del cabo de Finisterre.

Á la mañana siguiente el mar se presentó en calma; no había más que una pequeña brisa que rizaba la superficie de las olas. La quietud de la noche anterior devolvió las fuerzas á Juan, y cuando los pitos tocaron á recoger las hamacas, se llegó á él el señor Jolliffe preguntándole si pensaba levantarse ó llegar á Gibraltar entre mantas.

Juan, que ya se sentía mejor, saltó de su hamaca y se vistió. Un marinero, por orden del capitán, le había asistido durante su enfermedad, y abriendo su maleta le llevó todo lo necesario para vestirse, sin lo cual Juan no hubiera podido hacerlo por no saber adónde podría tener su equipaje.

Juan preguntó adónde debía ir (porque en los cinco días que llevaba á bordo no había entrado en el alojamiento de los guardias marinas); el marinero se le señaló, y Juan, que tenía grande apetito, se llegó allá tropezando entre cajas y maletas, hasta que encontró un agujero aún más pequeño que el de una perrera de las que tenía en casa de su padre.

—No solamente estoy dispuesto á abandonar el Océano y la parte que pueda caberme en él—pensó Juan—, sino también la que tengo en este buque. Todas las doy á quien las quiera. Buena igual-

dad es esta; aquí todos parecen desgraciados.

Este pensamiento fué expresado en alta voz, y al concluir observó que había otra persona en el alojamiento. Era el señor Jolliffe, el ayudante del oficial mayor, que tenía la vista fija en Juan, y á quien éste devolvió el cumplimiento. La primera cosa que observó nuestro héroe fué que el señor Jolliffe era muy pecoso de viruelas, que no tenía más que un ojo y éste muy penetrante, pareciendo como una bola de fuego, pues reflejaba más luz que la del solitario farol que alumbraba el aposento.

—No me gusta esa mirada—pensó Juan—, nunca seremos amigos.

En esto el joven caía en el error común de juzgar por las apariencias, como se verá más adelante.

—Me alegro mucho de verle restablecido—dijo Jolliffe—; ha estado usted acostado más tiempo del que se acostumbra; pero los que son más fuertes sufren mayor el mareo; usted no estaba acostumbrado al mar y ha venido á él un poco tarde. Sin embargo, como dice el refran, más vale tarde que nunca.

—Me encuentro muy inclinado á discutir la verdad de este refrán—dijo Juan—, pero ahora no es del caso. Tengo un hambre terrible. ¿Cuándo nos darán de almorzar?

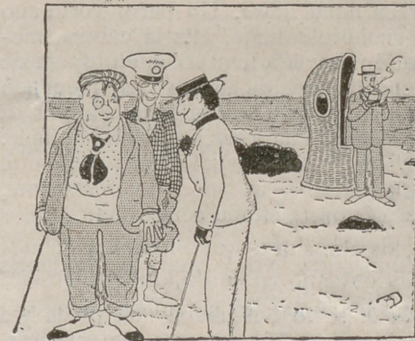
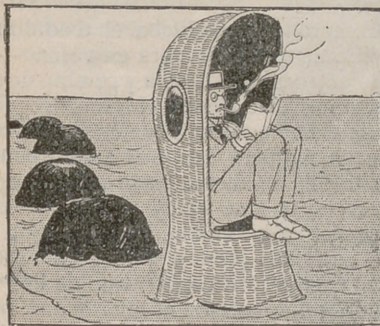
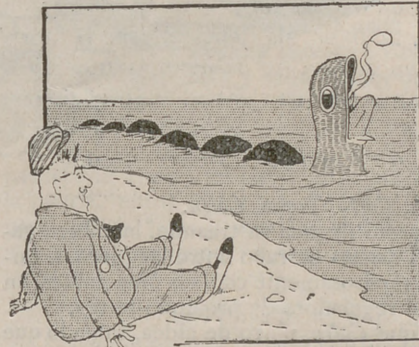
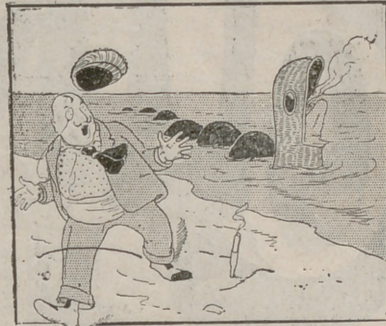
—Mañana por la mañana á las ocho y media. Hace ya dos horas que ha pasado la del almuerzo.

—¿Pero me quedo yo sin tomar nada?

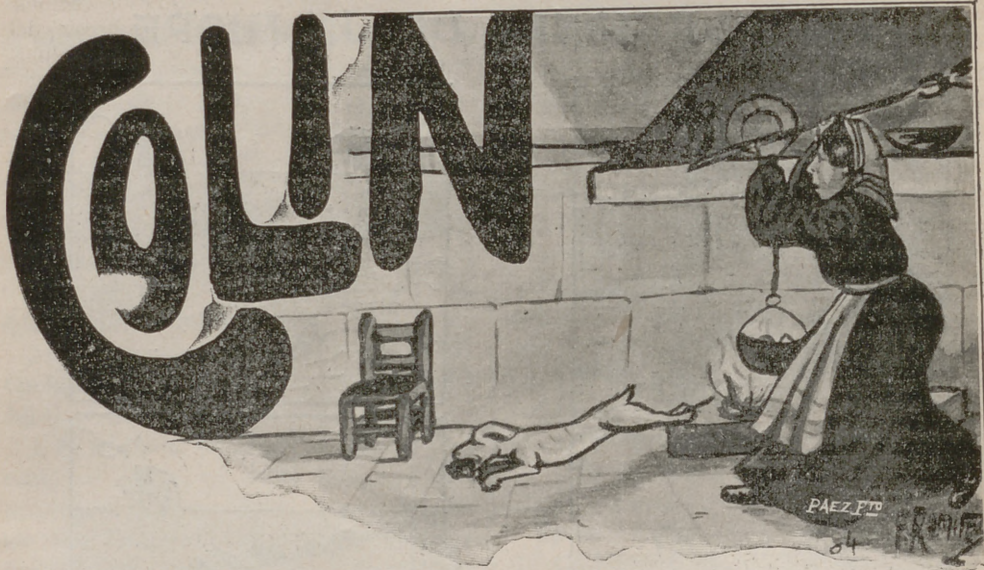
—No digo eso precisamente, porque hay algo que conceder á usted por su enfermedad; mas el almuerzo no debe esperar.

—Llámelo usted como guste; solamente deseo que mande á los criados que me den algo de comer: una tostada, tortas, ó cualquier cosa, y si hay café, mejor.

TRIBULACIONES DE UN MIOPE



Don Rogelio Jiménez había venido á la playa con ánimo de leerse de un tirón una novela folletinesca donde habia algo de aquello..... «el muerto levantó la mano»....., y con su libro se enfrascó de tal modo, que no se dió cuenta de que la caseta se iba sumergiendo, sumergiendo. Sólo notó cierto fresquillo en los pies que le hizo levantarlos. En esto compareció por allí D. Restituto Quintáñez, el más miope de los míopes habidos y por haber, quien, tomando la caseta de D. Rogelio por la cabeza de un monstruo marino, echó á correr como alma que lleva el demonio, sin tener en cuenta que podía caerse, como le sucedió. Y gracias á que unos amigos le sacaron de su apoteosis, que si no..... ¡pobre don Restituto!.... acaso hubiera echado raíces en la arena.



TOMA, *Colin*. Toma, *Colin*.

El perro llegaba rastreando, la cabeza gacha, el asomo de rabo entre las piernas, mirando medrosamente con sus ojos nobles, en actitud reveladora de profundo terror.

Porque *Colin*, perro de aldea, sabía lo que encerraba aquel *toma*. Un perro cortésano acude siempre solícito, alta la cabeza, moviendo el rabo, á la invitación, en espera de un cacho de pan, de un no muy mondado hueso; pero para *Colin* aquello significaba invariablemente un estacazo ó un puntapié. Después de recibida esta ración y cuando el perro se alejaba, aullando dolorosamente, aún recibía una pedrada como alivio.

Su amo decía:

—Yo al perro le doy casa y luz, lo demás que se lo busque él.

Y *Colin* se lo buscaba donde podía y á riesgo de palizas. Una vez una pierna de carnero le costó la rotura de una pata.

Estos atentados á la propiedad no deben hacer desmerecer á *Colin* en el concepto de nuestros lectores; porque entre los perros no rige la misma moral ni se han promulgado los mismos Códigos que entre los hombres. Todo el sistema filosófico-práctico de *Colin* se resumía en estos dos preceptos: «no hacer daño en su casa»; «robar lo que podía en las ajenas».

Y como *Colin* no era el único perro de la aldea y casi todos profesaban las mismas máximas, resultaba de aquí una especie de compensación entre todos los vecinos poseedores de perros, siendo el perjuicio solamente para los que no los tenían.

Colin se entregaba á veces á tristes reflexiones.

—Comprendo—meditaba él tendido melancólicamente á la sombra en verano—que cuando entro en una cocina y cambio de destino una lonja de jamón, el que se regodeaba anticipadamente con comérsela me atice un sartén; pero que mis amos, para los que soy fiel, obediente, sobrio, me peguen unas veces porque estoy tendido, y otras porque estoy levantado, porque ahora me hallan entre sus piernas, y luego porque no pueden encontrarme, eso sí que no lo...

Algún golpe cortaba el hilo de sus amargos pensamientos; pero el que sobre todo se encarnizaba con él era Ambrosio, el chico de la casa. Apenas si podía andar; pero tenía una voluntad enérgica y una robustez que se ejercitaban contra el perro. Le pinchaba, le pegaba, le echaba arena en los ojos... Y *Colin* obstinado en seguirle, en recogerle suavemente con sus dentarrones, ayudándole á levantarse cuando se caía, en limpiarle aquella suciedad de su carita de ángel rubio, con

su lengua roja y suave... Los golpes del niño eran las más tiernas caricias para el perro.

De no llevarle el amo al monte á perseguir corzos, siempre con el niño estaba *Colín*, como si quisiese proteger aquella niñez desamparada, entregada á la crianza del sol y del viento, de las caídas y de los golpes.

Igual caso que del perro hacían los padres del hijo. El trabajo durísimo embotaba la sensibilidad en sus almas, y con pena le veían comer calculando lo que les costaba, anhelando creciera para que pudiese ir con ellos al campo, resarcirles del gasto que les ocasionaba.

Y, sin embargo, Ambrosio tampoco era inútil; servía ya para echar la comida á los cerdos, con riesgo de sus manos gordezuelas, para traer la leña, para avisar al padre, para llevar un recado á las vecinas.

Y allá iban los dos. El niño con el blondo pelo, quemado por el sol, con sus eternos surcos blanquecinos bajo la nariz, sus grandes ojos azules y fieros, vacilando sobre la endebles de sus piernecillas, esquivando con sus pies desnudos el doloroso tropezón con las piedras... Y el perro algo detrás, vigilante, sucio, flaco, moviendo gozosamente aquel asomo de cola.

De tiempo en tiempo Ambrosio se volvía para darle un cruel tirón de orejas ó para lanzarle una certera piedra. *Colín* aguantaba y seguía.



Fué en una tarde de Febrero. Había nevado todo el día y el anterior, y el otro y el otro. Cesó de nevar y heló. Los pies resbalaban sobre el suelo endurecido. El cielo estaba blanco, y entre la blancura de arriba y la de abajo una luz gris.

Todo parecía dormido, muerto en el valle y en la montaña. Nadie por el campo; nadie por las calles de las aldeas. La vida se refugiaba en las cocinas, al amor de la lumbre piadosa. Por las chimeneas salían tenues nubecillas de humo. Sólo cortaba el silencio el aullar de los ham-

brientos lobos, atemorizando á los vecinos.

En la cocina del padre de Ambrosio, del amo de *Colín*, empezó á desfallecer la lumbre. A su rojiza y alegre luz hilaban, sentadas en el escabel, tres mujeres. En torno de una mesa cuatro hombres jugaban á la brisca. Sobre la mesa estaba el porrón. Ambrosio los miraba jugar. *Colín*, tendido, perezoso y friolento, en el mismo lar, ponía su tripa á la lumbre hasta chamuscarse.

—Echa otro leño — mandó el padre de Ambrosio.

La madre se levantó. No había. Abrió la puerta para salir. Fuera el aire era helado. Dudó un momento. Al fin, dijo:

—Ambrosio, vete á la leñera y trae un leño.

Ambrosio se levantó de mala gana. Tenía ya cinco años y llevaba calzones. Con mal gesto abrió la puerta y salió. *Colín*, que había levantado la cabeza, saltó y prestamente se escapó también.

La leñera estaba enfrente, total, veinte pasos. Ambrosio atravesó la plazoleta, abrió la puerta, entró. *Colín* iba á colarse detrás pero dió un salto y volvióse rápido. En la obscuridad naciente fulgían siniestras dos luces. Los ojos de un lobo.

Avanzaban. El niño iba á salir. Se le oía



arrastrar el pesado leño. Y el lobo, hambriento, cada vez más cerca. Ya salía Ambrosio. Entonces, *Colín*, sin dudar, silencio-

so y valiente, se lanzó sobre aquel enemigo. *Colin* no era uno de esos mastines fuertes y nervudos que luchan con los lobos. No tenía collar con pinchos. Era pequeño, flaco, desmedrado por el hambre. La lucha no podía ser larga. Sin embargo, *Colin*, dando saltos, entretenía al lobo, alejándole, esquivando la suprema dentellada.

Ambrosio cerró la leñera; atravesó la plaza; entró en su casa. Ya era tiempo. *Colin* caía degollado. Cargó el lobo con él. Se lo llevó al monte. Su sangre dejó un rastro purpúreo sobre el blanco suelo. La nieve, que pronto empezó á caer, lo borró.

RAFAEL LEYDA.

(Ilustraciones de Ramírez.)

DE COLABORACIÓN

EL PAVO DE NAVIDAD

I

LE habían comprado pequeño, y durante el año le engordaron para celebrar con él la Nochebuena.

Pero no habían contado con la huéspeda, y la huéspeda era Antoñito que había tomado cariño al animal y estaba dispuesto á defenderle hasta el último extremo.

Y cuando supo que el pobre pavo iba á ser sacrificado en honor de la Nochebuena, se entristeció y empezó á imaginar los medios de que se iba á valer para salvar la vida al animal.

—Le daré suelta—pensaba—; pero no, porque huiría, y ya no le volvería á ver más; y ya sea de una manera, ya de otra, el caso es que me quedaría sin pavo.

Y acogiendo una idea, desechando otra, la Navidad se echaba encima y había que adoptar una resolución decisiva.

II

Todos los chicos del pueblo, y si no todos la mayoría de ellos, según su condición se lo permitía, habían comprado ó confeccionado un tosco «nacimiento», con el lecho de paja, un niño de barro, pintado, y á su alrededor la vaca y los corderos; un poco más allá la fuente, los pastorcitos yendo á ofrecerle al niño su par de gallinas ó cualquier otro regalo; los Reyes magos bajando por la empinada cuesta de cartón y arena, y

en fin, multitud de monigotes de barro, adornaban aquel trono de cartón, pintado, lleno de tantos goces infantiles.

Mucho extrañaba al padre de Antoñito que éste, como en años anteriores, no le pidiera que le comprase el nacimiento, según la costumbre entre ellos establecida.

Nada; que esperaba días y días y no se presentaba Antoñito; y el padre, sobresaltado, pensó abordar la cuestión. En efecto; llamó á su hijo y le interrogó en la siguiente forma:

—Antoñito, estamos á 22; ¿por qué no quieres este año el nacimiento?

—Porque... porque... matarán á mi pavo y... no quiero, no, no quiero... Tampoco está bien que yo juegue y él esté muerto, y no llorarle como lloró la tía Nicasia cuando murió el abuelo...

—¿Y por eso no quieres el nacimiento este año?

—Claro que sí, papá.

—Mañana mandaremos á Madrid por un nacimiento grande y bonito...

—Pero... ¿y el pavo?

—Le mataremos y nos le comeremos.

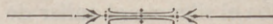
—Entonces no, no quiero nacimiento.

—Pero hijo, ¡si tenemos mucho gasto y no matándole tendríamos que comprar otro!

—Pues entonces todo está resuelto: con el dinero del nacimiento, compras otro pavo; pero ese no, ese es para mí.

—Conformes, hijo mío, conformes. ¡Bendito seas!

PEDRO MORANTE MATEOS.



LAS RUINAS

I

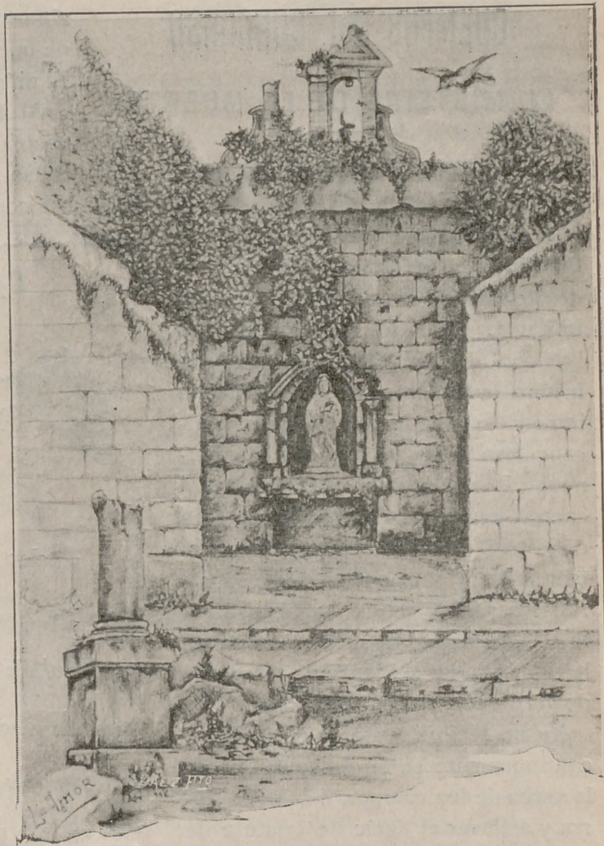
Las ruinas solamente
 quedaban del santuario;
 y en medio de las ruinas
 la Virgen del a'tar;
 conmigo llegó un ave
 y en trino dulce y vario,
 volando en torno de ella,
 su acento empezó á alzar.

La Virgen era hermosa,
 é irguiéndose á porfia
 las flores se agrupaban
 en torno de su sien.
 Encima estaba el cielo,
 y encima estaba el día,
 y el pájaro, entre tanto,
 cantaba siempre:—¿A quién?



Los ojos de la Virgen
 brillaban dulcemente
 del astro de los astros
 al mágico arrebol.
 Y...—¡Oh, Virgen!—dijo el ave--
 bendita sea tu frente,
 puesto que en ella ha hallado
 como otro cielo el sol.

Para ella son los trinos
 de todos los cantares
 que vengo á darte ¡oh Virgen!
 cada hora matinal;
 que rotos y en el polvo
 tu templo y tus altares,
 tu frente aún está viva:
 ¡tu frente es inmortal!



II

Mañana, que las penas
 y el tiempo hayan destruído
 el templo en que te adora
 la ardiente juventud,
 en medio de las ruinas,
 y en medio del olvido,
 tendrás un ave siempre
 que cante tu virtud.

MANUEL ACUÑA.



CUENTOS DEL CONCURSO

EL MISTERIO DE LA MUERTE

EN los tiempos fabulosos existía en una comarca de África una mujer tan hermosa como una noche estrellada; los ojos de diamantes y los dientes de nácar se destacaban en su rostro de un negro brillante. Todos los negritos la miraban con el supersticioso respeto que inspira la belleza, y hasta su dueño impedía que se le impusieran á la encantadora joven los trabajos más penosos. Los años transcurrían, y aquel cuerpo espléndido se deformaba; su cutis pasó del negro dorado de la castaña madura al negro pardo de la tierra; los anillos grises sucedían á los bucles de ébano; las arrugas surcaban la cara, y hasta el blanco de los ojos y de los dientes se veía amarilliar.

Ya no recibía agasajos de nadie, y continuamente se la obligaba á coger la yerba de los campos, á cavar la tierra y á llevar el agua: de criatura de amor se convertía en bestia de carga.

Ella no se apenaba, esperando la hora marcada por el destino para recobrar la hermosura de los quince años; porque en aquel tiempo los seres eran inmortales, y cuando su cuerpo se consumía, dejaban la vieja piel para tomar una envoltura nueva que les daba la fuerza y la juventud. La vida era eterna.

Un día, la negrita se decide á bañarse en el arroyo sagrado donde se operan las regeneraciones. Entonces trenza los cabellos grises, frota sus miembros con aceite de palma, adorna su garganta con un collar de cuentas escarlata y dientes de Kanguro, cubre el talle con una túnica de fibras de cocotero y

abraza apasionadamente á su negrito, su hijo de once años, que se resiste á dejarla partir. El niño ignora el misterio.

Al fin llega á las orillas del arroyo, allí triunfa la vida, hay flores que nunca se marchitan y árboles que pretenden tocar las nubes con su copa.

CARTA ILUSTRADA



Amigo Rai  : Esta : para decirte que me dispenses el que no haya i  á ese , pues he estado en el  por la mudanza D. una

Respecto á lo que me di C.B. en tu anterior, ya te lo enviare, pero tienes que : Sr 15,

^{Luces}
-Nantes-

Sin + X hoy, queda tu amigo que te qui B.

Blas Pérez

La negra se despoja de sus adornos, mira en el agua su semblante marchito y se arroja en ella. Un vigor extraño invade su ser, las fuerzas renacen, el corazón late con viveza, la sangre hincha sus venas...

La crisálida se convierte en mariposa.

Al salir de la onda ha recobrado sus bucles de ébano, sus ojos brillantes, sus tonos dorados de castaña madura.

Triunfante, se pone de nuevo los adornos y emprende cantando su camino.

Al llegar á su choza encuentra al hijo amado jugando con las arenas del suelo. Al verla el negrito da un grito y huye.

—Ven, hijo mío, ven á mis brazos—dice ella—, ¿ya no me amas?

—¡Madre! ¡Madre!—llama el muchacho más asustado.

—Soy yo, hijo mío, ¿no me conoces?—murmura la madre con dolor.

—No, tú no eres mi madre; ella es vieja y tú eres joven, ella es fea y tú hermosa; pero yo la quiero á ella y no te quiero á ti.. ¡vete! ¡vete!

La madre siente morir su alegría. ¿Qué le importa ser bella y joven si su hijo querido no la ha de amar? Desesperada vuelve á orillas del arroyo: la tarde acaba, las voces plañideras de los pájaros nocturnos gimen en el bosque, el viento suspira entre los rosales de la ribera como un mensajero de duelo, y la diosa Istar recoge los collares de su padre Ammón que, como un arco-iris, se entretenía en arrojar sobre las nubes.

Entre un grupo de cipreses la negra ve el fantasma de su vejez que la llama; se acerca y entra resignada en aquel despojo de ruina y miseria. Cuando vuelve á la choza su hijo la reconoce y corre á su lado besando las viejas y arrugadas mejillas por donde ruedan las lágrimas.

¡Por aquel placer había renunciado á la inmortalidad!

Desde entonces los seres comenzaron á morir.

Lema: «*ISTAR*».

(*Séptimo de los admitidos.*)

ADVERVENCIA.—En nuestro deseo de complacer á los niños que nos remiten cartas ilustradas, y á fin de dar salida á las muchas que hay esperando turno, desde el número 36 publicaremos dos cada semana. El hecho de insertar una carta, da el carácter de colaborador al firmante de ella.

CORRESPONDENCIA

Angel Macías.—Sus envíos me infunden cierto respeto. ¿Son *completamente* originales?

C. de Galisteo.—Madrid.—Ni usted ha estado en Batabanó ni ha escrito esa poesía. Los envíos han de ser originales. No vale copiar.

Antonio Jimena.—Idem.—Todavía no ha llegado usted, pero ya se va acercando. Trabaje, trabaje.

Francisco Morales.—Granada.—Se publicará el logogrifo. Las libranzas de Prensa puede pedir las desde 50 céntimos en adelante.

Teodoro Goñi.—San Sebastián.—Puede enviar cuanto guste. Respecto á la jardinería haga una cosa cortita; yo la estudiaré y veremos si puede seguir cultivando esa clase de trabajos.

A. Cañizares.—Madrid.—Tendré mucho gusto en publicar la carta; pero advierto á usted que hay muchas esperando.

Enrique Ibañez.—Albacete.—Entra en turno.

Mariano Albarrán.—Palencia.—Idem id.

P. M.—Madrid.—Admitida.

Flora Gilman.—Idem.—Creo que si persiste en sus propósitos logrará hacer versos admisibles. Lea mucho de autores buenos. Los pasatiempos, bien.

Rafael Gómez.—Idem.—Entran en turno.

R. F. González.—Hornachuelos.—Admitidos.

A. M. Hernando.—Madrid.—Con la *horrorífica tormenta* se le han mojado á usted, además del traje, las cuartillas, y el cuento ha salido muy flojo. Haga otra cosa. ¡Ah! No olvide que es prueba de buena educación callar las obras benéficas que realizamos.

M. M. Rueda.—Idem.—Se publicarán, sí, señor.

A. G. Diego.—Idem.—Idem id. No hay crítica porque ó piden ustedes cosas imposibles, ó sólo dicen que ROSA Y AZUL es la mejor de las revistas que se han publicado: y yo creo que no hay nada perfecto.

T. Revuelto.—Idem.—Sí, señor: está bien.

L. Sánchez.—Bilbao.—A mí no me corresponde decir si son bonitos ó no los premios. Dirijase á los afortunados.

S. Domínguez y F. Suárez.—Zaragoza.—Ustedes no abusan, para eso estamos. Los pasatiempos se publicarán; de los versos siento no poder decir lo propio.

C. G. del Rivero.—Madrid.—Llevaremos diez años publicando cartas ilustradas y aún no sabrán ustedes cómo han de hacerlas.

Carlitos Lefevés.—Idem.—Entran en turno.

José A. Martínez.—Idem.—Idem id.

R. Martínez y G.—Idem.—Idem id.

F. Guerrero.—La Línea.—Con mucho gusto; pero no se impaciente.



CHARADAS por José L.-Amor.

1.^a Aun cuando soy japonés,
prima cuarta me ha gustado
tanto, que la he regalado
un brillante de *dos tres*.

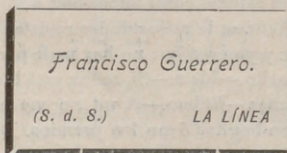
2.^a Mientras *todo* mi caballo,
á una higuera me subí
á coger una *dos tres*
y luego me la comí.

3.^a Anoche me fui á *dos cuarta*
á la *tres cuarta* de Paz;
si me *prima dos* soy *todo*
qué *prima cuarta* pondrá.

E NUMÉRICA por Juan Cano.

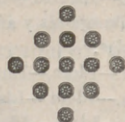
- | | | | | | |
|---|---|---|---|---|--------------------------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | Pueblo de Málaga. |
| 3 | 5 | 1 | 4 | 2 | Flor. |
| 4 | 2 | | | | Nota musical. |
| 3 | 2 | | | | Negación. |
| 1 | 5 | 4 | 5 | | Punto donde paran los vapores. |
| 1 | 5 | 3 | 5 | | Animal anfibio. |
| 4 | 5 | | | | Tiempo de verbo. |
| 3 | 2 | | | | Negación. |
| 5 | 3 | 4 | 5 | 1 | Verbo. |
| 1 | 2 | 4 | 5 | 1 | Idem. |

TARJETA por Francisco Guerrero.



Combinad las letras de esta tarjeta de modo que halléis el nombre de dos zarzuelas y un pueblo de la provincia de Málaga.

ROMBO por Celso de Castro.

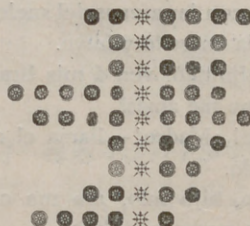


1.^a, consonante; 2.^a, en las costas; 3.^a, nombre de mujer; 4.^a, caudal de agua, y 5.^a, vocal.

ADIVINANZA por O. D. M.

¿Cuál es el hijo que quema á su madre?

SUSTITUCION por José A. Martínez.



Sustituid los puntos y las estrellas por letras de modo que leídos horizontalmente todos sean nombres de mujer, y verticalmente, en las estrellas, el nombre de un río español.

JEROGLÍFICO por Leonardo Ordoño.

(Fruta) VACA

SOLUCIONES

A la fuga de vocales por Eladio de Santo:

Hay en el mundo una España
y en la España un Aragón,
y en Aragón Zaragoza
de la patria corazón.

Al tropmo numérico por E. Ibáñez: LERIDA.
A la tarjeta por Manuel Roca: EL ABUELO;
RIGOLETTO; EL GRUMETE.

A la charada por L. Codali López: CARACOL.
A la fuga de consonantes por José L.-Amor:
RAMAYAMA; MARARATA.

Al cuadrado por R. Barrio Jordá:

R O S A
O R A R
S A L A
A R A R


A la charada por E. García: DOCE.


Al intringulis proverbial por Vicente Más: AÑO
DE NIEVES, AÑO DE BIENES.

Al rombo por Salvador Serra:

M
Z A R
M A R I A
R I N
A

Al jeroglífico por Manuel Caldeiro: DIENTES.

Regalos á nuestros lectores 

 sólo por un mes

A todos los que se suscriban por seis meses en Madrid ó provincias, les regalaremos los números que van publicados de las

Aventuras de un pequeño filósofo

A los que se suscriban por un año, además de los números que ofrecemos á los suscriptores de semestre, les regalaremos la preciosa novelita

DÍA FELIZ

lujosamente encuadernada.

ADVERTENCIA.—Estos regalos sólo los concedemos durante el mes de Octubre.

No se admiten sellos de Correos. Los envíos de provincias pueden hacerse en libranzas de Prensa, que se venden en todos los estancos. No es preciso certificar las cartas. Los que deseen recibir certificados los regalos, deben enviar un sello de 25 céntimos.


PARA LOS ANTIGUOS SUSCRIPTORES


Tenemos á su disposición los bonitas tapas de la novela **DÍA FELIZ**. Para recogerlas sólo es preciso presentar el recibo los de Madrid, ó enviar una faja acompañada de un sello de 10 céntimos los de provincias.


PERCHAS "Navas y Comp^a"



(Con patente)



Recomendables
para los Colegios
y particulares 

 No rompen ni ensucian la ropa

— Son las más baratas 

 Pídanse precios á los señores NAVAS Y
COMPANÍA, Espíritu Santo, 51.—MADRID 

DÍA FELIZ

Se halla de venta esta interesante novelita, elegantemente encuadernada, al precio de

— **50 céntimos.** —

También podemos facilitar bonitas tapas para la encuadernación á **15 céntimos.**

A provincias van por el mismo precio; pero los que deseen recibirlas certificadas deberán remitir 25 céntimos más.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.

Espíritu Santo, 28, MADRID

FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 »
Pepe 2.º ».....	0,50 »
Pepe 3.º ».....	0,75 »
Pepe 4.º ».....	1,00 »

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA

ALIMENTO ESPECIAL

PARA

NIÑOS

Ancianos y convalecientes

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á **25 céntimos.**

En el sobre-monedero pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 19, BAJO MADRID**

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Praclos sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la Denticina que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con Perla Estomacal F. Moreno. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERIA «EL INFANTE»

para niños y caballeros
 26, PRECIADOS, 26

Trajes paño desde 5 pesetas.
 » jerga » 10 »
 Gabanes » 10 »

SECCIÓN DE CABALLERO

Traje desde 40 pesetas.
 Gabán » 35 »

Todo confección esmerada y géneros superiores.

26, PRECIADOS, 26

PASTILLAS cloro-boro-sódicas **BONALD**

— con cocaína —
 Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thioool-cinamovanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**, Poderoso agente para combatir la *neuvastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid